

ERRORES SUPUESTOS. (1915o).



Sandor Ferenczi.

Existe una especie particular de errores que consiste en suponer sin razón que se ha cometido un error. Estos errores “pretendidos” no son raros. Muchas veces una persona que lleva gafas las busca debajo de la mesa llevándolas puestas: a menudo piensa uno haber perdido su cartera, y después de pacientes investigaciones la encuentra en su lugar habitual; y no hablaremos de las llaves de la despensa, tantas veces “perdidas” y “encontradas”. Sea de ello lo que fuere, este tipo de errores es lo suficientemente característico para intentar descubrir en él un mecanismo y un dinamismo específicos.

El primer caso que el análisis me ha permitido aclarar era un doble error bastante complejo. Una joven que se interesaba mucho por el psicoanálisis (debo a ella la observación del “Pequeño hombre-gallo”¹) tenía la costumbre de venir de vez en cuando a visitarme en mi consulta. Cierta día tuve que abreviar una de sus visitas haciéndole notar que tenía yo mucho trabajo. La joven se entristeció y se fue; pero regresó poco después diciendo que había dejado su paraguas en mi despacho, cosa absolutamente imposible porque el paraguas... lo tenía en la mano. Se quedó algunos minutos más y luego, repentinamente, dirigiéndose a mí quiso preguntarme si tenía una inflamación de la *glándula* carótida (en húngaro: *fültö mirigy*”), pero su lengua se trabó y dijo “*fültö ürügy*” (que significa *pretexto* carótido). La dama reconoció entonces que había deseado quedarse más tiempo junto a mí, de manera que su inconsciente podía haber utilizado el pretexto del olvido de su paraguas como *pretexto* para volver y prolongar su visita. Desgraciadamente no pude profundizar el análisis de este caso, dejando así sin explicación la razón por la cual el olvido proyectado no se había realizado efectivamente, sino tan sólo en el plano imaginario. La existencia de una tendencia oculta (un pretexto) es característica de todo acto frustrado.

Examiné de forma más profunda el falso acto frustrado siguiente: Un joven estaba invitado en la casa de campo de su cuñada. Una tarde, se reunió allí una alegre comparsa; se hizo venir a los gitanos e, instalados al aire libre, danzaron, cantaron y bebieron hasta muy entrada la noche. El joven no tenía costumbre de beber, de forma que comenzó enseguida a manifestar una sentimentalidad patológica, en particular cuando el gitano entonó la canción siguiente: “El cadáver ha sido llevado al patio”. Lloraba a lágrima viva y no podía impedir el recuerdo de su padre recientemente fallecido para el que ninguno de los alegres compañeros tenía un pensamiento, igual que en la canción donde se dice que no hay nadie para “llorar como se merece” al muerto expuesto en el patio. Muy pronto nuestro joven abandonó la fiesta y fue a dar un paseo en solitario por la orilla del próximo lago rodeado de niebla. Obedeciendo a un impulso que luego no supo explicar (él mismo se hallaba en un estado “abrumado”, como hemos dicho), sacó rápidamente de su bolsillo su cartera y la arrojó al agua, aunque el dinero que contenía pertenecía a su madre y él únicamente lo guardaba. De lo que pasó a continuación sólo tenía ideas vagas. Volvió junto a sus amigos, siguió bebiendo, se adormeció y fue llevado en coche, dormido todo el rato, a su apartamento de la ciudad. Avanzada la mañana, se despertó. Su primer pensamiento fue para su cartera. Estaba desesperado por lo que había hecho, pero no lo dijo a nadie; pidió un coche para que le llevara junto al lago, aunque no tenía ninguna esperanza de recuperar el dinero. En ese momento apareció la sirvienta que le entregó la cartera: la había encontrado bajo la almohada

1.- “Un pequeño hombre-gallo”, en este mismo volumen.

en la cama de quien decía haberla perdido.

En este caso la intoxicación alcohólica concomitante nos impide cualquier generalización sobre los errores supuestos. Sin embargo, la investigación psicoanalítica demuestra una vez más que el alcohol no era propiamente hablando el origen del síntoma, sino que sólo había favorecido la aparición de un complejo ya existente y fuertemente acentuado en el plano afectivo.² La cartera arrojada al agua con el dinero confiado representaba simbólicamente a la propia madre, a la que el joven, fuertemente fijado a su padre, deseaba perjudicar en su inconsciente. En el lenguaje del consciente, esto podría traducirse del siguiente modo: “¡Solamente era mi madre la que había muerto y no mi padre!”.³ Para explicar este suceso, el paciente supuso que cuando vagaba en torno al lago, con su espíritu abrumado, había tan sólo agitado su cartera sobre el agua, después la había vuelto a dejar prudentemente en su bolsillo y la había ocultado cuidadosamente bajo la almohada cuando se acostó; había puesto todos los medios necesarios para no perderla, pero eran precisamente estas medidas las que había olvidado, y se había despertado con el recuerdo cierto de haber realizado su mal deseo. En términos del psicoanálisis, este error expresa su ambivalencia. Tras haber matado a su madre en su fantasía inconsciente, se había acostado con ella proporcionándole grandes cuidados. El duelo exagerado de su padre exige igualmente una doble interpretación: trataba de disimular su alegría por entrar al fin en posesión de la herencia paterna (comprendido el bien más valioso, la madre). De las tendencias ambivalentes, sólo la positiva (la pierna) se ha traducido en hechos, mientras que la negativa ha revestido la forma mucho más inocente e inofensiva de un error memorístico.

He aquí ahora otro caso que puede explicarse de forma similar, pero que presenta la ventaja de que no lo complica ninguna influencia externa (como la intoxicación alcohólica del caso precedente).

Un estudiante de medicina que acababa de administrar unos medicamentos a un enfermo tuvo repentinamente el pensamiento de que no había dado a su paciente el medicamento apropiado y que lo había envenenado. Rápidamente le administró un antídoto. Su angustia indescriptible sólo acabó cuando un examen minucioso le aseguró de la imposibilidad de lo que él pensaba. El estudiante que se hallaba dominado por un poderoso “complejo fraternal de rivalidad” había suprimido a un rival en su fantasía, mientras que en realidad se había contentado con tomar las medidas de precaución para salvarle. Es una suerte que actuando de este modo no ocurra ningún daño.

Un caso semejante me ocurrió a mí mismo cuando fui llamado junto a una paciente que se hallaba muy enferma a una hora tardía de la noche. Había venido a visitarme aquella tarde, y se había quejado, además de otras cosas, de tener la garganta irritada. Yo la había examinado sin constatar ninguna anomalía orgánica, sino más bien lo que llamaría “una pequeña histeria”. La situación económica de esta paciente me impedía sugerirle un psicoanálisis, y me había contentado en consecuencia con los calmantes normales, y le había recetado, para combatir su dolor de garganta, una caja de pastillas de “*Formamint*”, que yo mismo le entregué, porque el fabricante me la había enviado como muestra; le prescribí tres o cuatro pastillas al día.

Durante el trayecto hasta su casa, me sobrevino el penoso pensamiento de que posiblemente la había envenenado con esas pastillas. El preparado farmacéutico me era desconocido, lo había recibido aquel mismo día. Pensé de inmediato que pudiera tratarse de un *compuesto de formol*, posiblemente una *formamina*, es decir, un desinfectante que contiene una fuerte dosis de potente veneno. Hallé a la enferma con ciertos dolores gástricos, pero por lo demás tenía un aspecto tan bueno que regresé a mi casa más desahogado. De vuelta pensé que el *Formamint* era probablemente una preparación inofensiva a base de menta, lo cual confirmé al día siguiente. Toda esta fantasía de envenenamiento se demostró ser en el análisis la expresión de mi disgusto por haber sido perturbado en mi reposo nocturno.

Este tipo de errores disimula, pues, probablemente tendencias agresivas particularmente peligrosas, cuyo

2.- Ferenczi: “El alcohol en las neurosis”, O. C., I.

3.- El hecho de que la cartera estuviera llena constituye una alusión del paciente a las fuentes primitivas de su odio a la madre. El matrimonio de su padre era excepcionalmente fecundo, porque casi cada año le proporcionaba un nuevo hermano o hermana. Al mismo tiempo, el dinero es una alusión a la teoría infantil anal del nacimiento: la sumersión es lo contrario al salvamento fuera del agua, etc...

acceso a la motricidad debe ser cuidadosamente evitado, pero que aún tiene la posibilidad de inducir a error a la percepción interna.

Sabemos que normalmente la conciencia domina el acceso al plano motor. Sin embargo, parece que en tales casos son tomadas todas las disposiciones necesarias para que los actos prohibidos por la conciencia no puedan realizarse bajo ningún pretexto; la conciencia puede entonces entregarse con mucha mayor tranquilidad a sus fantasías agresivas, de tonalidad evidentemente negativa. Este comportamiento recuerda el sueño en el que la libertad puede ser tan grande a nivel fantasmático que el descanso paralice toda la actividad en general.⁴

Existe cierto parecido entre los errores que acabamos de describir y la duda morbosa; en ambos casos un acto que acaba de ser cometido y criticado sin más, con la diferencia de que el obseso que duda se halla incierto sobre la realización *correcta* del acto proyectado, mientras que el autor de un “error supuesto” tiene la falsa certeza de haber hecho *mal*. Se trata de una ligera diferencia a nivel del mecanismo de la prueba de realidad, que somos, aún absolutamente incapaces de representar en el plano metapsicológico. La analogía de estos actos frustrados con los síntomas de la neurosis obsesiva nos confirma por otra parte en nuestra hipótesis de que los errores supuestos Podríamos también presentar el mecanismo de este tipo de errores como lo contrario a los “actos sintomáticos”. En el caso de los errores supuestos, la conciencia piensa haber realizado un acto (proveniente del inconsciente) muestras que en realidad la motricidad se hallaba convenientemente censurada. Por el contrario, en el caso de los actos llamados sintomáticos, la tendencia rechazada, escapando a la conciencia, se transforma en acción motriz. Pero el acto sintomático y el error supuesto tienen en común el que en ambos casos existe disparidad entre dos funciones de la conciencia: la percepción interna y la de acceso a la motricidad, mientras que en general estas dos funciones se hallan igualmente bien adaptadas o perturbadas.

“El error en el error” es comparable al “sueño en el sueño”. Ambas técnicas utilizan una especie de redoblamiento para protegerse de las manifestaciones severamente prohibidas del inconsciente. El error en el error, es *eo ipso*, un correctivo, como el sueño en el sueño priva a una parte del contenido onírico de su carácter onírico. Saber que se sueña, no es sueño verdadero como se acostumbra cuando se tiene por auténtico todo lo que se sueña; y si nos olvidamos de efectuar un acto frustrado, éste simplemente no se producirá.

La mejor representación del carácter tendencioso de los “errores supuestos” nos la proporciona esta farsa de estudiantes: “Disculpe por haberle atropellado”, dice un estudiante a un peatón. “¡Pero si usted no me ha empujado!”, responde el último. “¡Que no quede por eso!”, replica el estudiante, que le da un buen empujón.

Esta farsa transforma la moción desenmascarada del falso acto truncado en acto realizado de inmediato, mientras que en general no nos alegramos simplemente al ver que se trataba de un error y al poder escapar así de un peligro imaginario.

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

4.- Mi amigo, el Dr. Barthodeiszky, me ha hecho notar acertadamente que los errores supuestos se producen muy a menudo con ocasión de actividades profesionales o no, bien integradas, “automáticas”, es decir, inconscientes y sin embargo seguras.